

La Misión Educativa de las Religiosas Franciscanas Misioneras del Sagrado Corazón tiene su fuente en el Misterio de Jesucristo Crucificado.

De su Corazón las Hermanas alcanzan “profunda benevolencia, amor redentor y celo apostólico por la humanidad”

Profundamente enraizada en el amor de Cristo y revestida de sus sentimientos, la Religiosa Educadora desarrolla en sí y en los otros un “amor de gratitud operante”, para hacer resplandecer al exterior aquello que está en su corazón.



Desde los orígenes de la Congregación, fundada por Laura Léroux, las primeras Hermanas han acogido el mandato apostólico de la Iglesia como un precioso don; sabiamente guiadas por el Padre Gregorio Fioravanti lo han custodiado celosamente, lo han reanimado con la intrepidez de su generosa respuesta y testimoniado con valentía hasta el heroísmo.



Hace más de un siglo “en conformidad al carisma apostólico-misionero propio de su Congregación, las Religiosas abren sus escuelas a alumnos de toda condición social y de todas las religiones, prefiriendo y favoreciendo a los más pobres y abandonados, optando por vivir su vocación del lado de quienes no tan sólo sufren privaciones económicas, sino también de los que necesitan de amor, de valores y de cultura.

La misión educativa de la Congregación deriva del carisma que Dios ha confiado, a su fundadora, Laura Léroux y, a través de ésta, a todas las hermanas franciscanas. Son ellas quienes en distintos lugares del mundo anuncian alegremente la Palabra que salva y la misericordia del corazón que redime.

Fieles al carisma de fundación y adaptándose a los cambios de los tiempos, las Hermanas, educan a niños, adolescentes y jóvenes, promoviendo la dignidad humana de los más débiles e indefensos, para cooperar a su plena realización en Cristo y a la construcción de la civilización del amor, fundada en los valores de justicia, de libertad y de paz.

De lo anterior se desprende que es imprescindible superar el individualismo en post de la construcción de una auténtica fraternidad, sin la cual no es posible un verdadero proceso de formación.

Se trata entonces de promover al hombre total en su verdad y unidad, en su desarrollo armónico de persona inserta en una sociedad y abierta a lo trascendente; aquel hombre que encuentra en Cristo el único modelo de hombre perfecto. De aquí deriva la importancia de acoger el don de la fe, del cual deriva la certeza de que Dios está presente en la vida y en la historia del hombre, trasciende lo meramente humano y material para transformarse en germen de esperanza que solicita una generosa y activa colaboración con el Plan Divino de Fraternidad.



En este sentido, la presencia de Dios permea todo el proceso educativo, así como también el sentido de fraternidad, entendida ésta como evangélica comunión de vida que conduce al respeto y al amor por la creación, los hombres y Dios, nuestro Padre común.

Las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón, asumen con amor y valentía su misión evangelizadora y en el lugar donde se encuentren se proponen “regenerar la persona humana creada a imagen de Jesucristo”, a través de una educación, valórica basada en la visión franciscana del hombre, de la vida y de la comunidad humana.